

# La Semana Cinematográfica



Año III - Núm. 109

3 de Junio de 1920

WALLACE REID

Precio: 0.60 Cts.



## Jugando Ajedrez

ARTÍCULO QUE DEDICO A AQUELLAS DE MIS LECTORAS QUE DESEEN ELEGIR UN BUEN MARIDO

**M**UCHOS y muy variados son los medios de que puede echar mano una mujer para elegir un buen marido, pero hay uno de ellos que supera en eficacia a todos los demás: me refiero al juego de ajedrez.

Ya, desde aquí,—y conste que escribo en un torreón a bastante altura sobre el nivel del mar y que tengo el balcón abierto para mirar hacia fuera,—desde aquí, digo, veo sonreírse a más de alguna lectora, al oírme recomendar ese juego, tan odiado de las mujeres, como un medio seguro para la pesca más difícil que hay sobre la tierra: la pesca del marido.

Comprendo perfectamente que la sonrisa es merecida, por cuanto hasta hoy el sistema que vengo dando a conocer ha sido poco usado y aún puede decirse que permanece absolutamente ignorado de las doncellas, de las mamás, de las tías y de todas las innumerables señoras casamenteras que andan desparramadas por el mundo.

Desde ese punto de vista, puede decirse que soy un verdadero inventor, y tentado me sentiría a pedir privilegio exclusivo, seguro de hacerme muy pronto millonario, si el gran cariño que profeso a mis lectoras de LA SEMANA CINEMATOGRAFICA no me hiciese confiarles gratuitamente y sin mayor tardanza este secreto que puede serles tan útil en la vida.

¿Qué hace actualmente una joven de diez y seis a diez y ocho años para elegir un buen marido? Apuradillas se verían la mayoría de las lectoras para contestarme. Las más francas me dirán: «no hacemos nada sino esperar tranquilamente que vengan a pedirnos, y si le gusta el novio a mi papá y a mi mamá, nos casaremos».

Esta es la verdad, amigas lectoras; no hacéis nada, porque no sabéis qué hacer. Sois demasiado jóvenes e inexpertas para juzgar a un hombre con una mirada. No poseéis la ciencia de la fisonomía, no sabéis juzgar por

las facciones, ni por la expresión del rostro, ni por el modo de andar, ni por el timbre de la voz, ni siquiera por la letra. Estáis desarmadas ante el enemigo y no os queda otra cosa que el dictamen del papá o de la máma.

Más, no tengáis cuidado; porque, merced a mi descubrimiento, o mejor dicho, a mi invención, podréis hacer desde luego, y sin mayores estudios, las dos cosas que necesitáis: descubrir al hombre que os conviene y atrapararlo.

¿Cómo? Vais a verlo.

El ajedrez es un juego que requiere inteligencia, paciencia, prudencia, espíritu reflexivo y otras varias nobles cualidades que raras veces las posee cualquier tipoide bien vestido o bien peinado que pasa por la calle. Al ver, pues, a un hombre apasionado por este juego y, sobre todo, que sobresalga en él, podéis estar seguras de haber descubierto a un hombre de cierto mérito.

¿Veis cómo el ajedrez puede servir para este importantísimo primer punto, o sea el de «descubrir al hombre»? Veamos ahora cómo os puede servir para el segundo, o sea para «atraparlo».

Las mujeres aborrecen por lo general el ajedrez, porque carecen casi siempre de espíritu reflexivo y constructivo. No les gusta recapacitar, pensar, elaborar las cosas: proceden impulsivamente. Por eso, cuando hay una mujer que juega al ajedrez y sobresale en él, en el acto, y por este solo hecho, pasa a ser, a los ojos de todo hombre inteligente, una mujer superior, una verdadera maravilla.

Calculad ahora qué sucederá cuando un hombre de mérito, buen jugador de ajedrez, se encuentra en presencia de una mujer hermosa, que ama como él este juego, que se distingue en él y que todavía lo bate en una, dos o tres partidas sucesivas... ¡El matrimonio viene solo!

¿No lo creéis? ¿Os sonreís? Pruebas al canto.

Vivía yo en un pueblo lejano, muy lejano, tan lejano, que cuando pienso en él, mi corazón se oprime con un algo de tristeza. Vivía allí yo, siendo muy joven: tendría quince años apenas. Era el momento en que mi corazón se abría al amor. Amaba. Amaba con ese amor tímido y reconcentrado del adolescente que no se atreve a declarar su amor. Ella era hermosa, hermosa y pálida,

con esa palidez nacarada y mate que tienen las mujeres de ciertos países vecinos al trópico. Ella no se daba cuenta de mi amor o fingía ignorarlo. Eramos amigos, muy amigos, amigos de toda confianza. Ella me contaba sus penas, sus esperanzas y hasta sus amores. Amaba a un joven rubio, muy simpático y de gran inteligencia. Ella era muy viva, muy loca, muy inconsciente, y el joven la miraba como quien mira a un hermoso y alegre pajarillo. ¿Por qué ella lo amaba, teniendo ambos caracteres tan opuestos? Quién sabe. Misterios del amor. Pero es el hecho que ella lo amaba, y lo amaba de veras, con el alma. Yo, su confidente, yo lo sabía muy bien, porque los sufrimientos que ella me contaba, sus ansias, sus inquietudes, sus torturas, eran los sufrimientos, las ansias, las inquietudes y las torturas mías.

Un día que la ví llorar mientras hablábamos, compadecido, le dije:

—María, ¿quieres que te ayude a conquistar el corazón de Jorge?

—¡Ay!— me contestó, echándome con transporte los brazos al cuello, —te querría tanto... tanto... te querría más que a un hermano...

—¿Más?

—Más...

—Pero, ¿serás capaz de hacer todo lo que yo te diga?

—¡Todo! ¡todo!

—¿Por difícil que sea?

—Aunque fuese lo más difícil del mundo.

Al día siguiente nos instalamos en el jardín de su casa con un tablero de ajedrez.

Contra lo que yo creía, mi discípula comenzó a progresar enormemente desde los primeros días. ¡Oh poder del amor! ¡Cómo aquella criatura tan loca y juguetona, pensaba y repensaba en todos los problemas que yo le iba presentando! Y qué momentos más dulces y al mismo tiempo más melancólicos para mi corazón enamorado: tenerla allí, tan cerca de mí, y pasarme las horas y los días mirándola, adorándola, acariciando con los ojos su negra cabellera, su frente nacarada, sus manos pálidas. Momentos inolvidables del primer amor ¡qué lejos estais ya en la sucesión del tiempo y que cerca, sin embargo, aquí en el secreto de mi corazón!

Jorge, el que ella amaba, era un apasionado jugador de ajedrez y un fortísimo adversario. Notable era su manera de jugar el

Gambito de Evans, y se consideraba poco menos que imbatible en esa partida. Pero yo, uno de sus rivales, la había estudiado muy bien en las series de Morphy, que él no conocía, y me sentía capaz de hacerlo morder el polvo de la derrota. De ahí nació mi idea de enseñar a María el ajedrez.

A los tres meses justos, María me dió el primer «mate» y celebramos esta victoria con un estrecho abrazo. ¡Qué contenta estaba ella y qué bien comprendía que iba teniendo ya los medios de vencer a su «enemigo»!

Llegó por fin, algún tiempo después, el tan deseado día. Fué en la casa de ella que ambos se encontraron, en una noche de tertulia íntima. ¡Ah! cómo me latía el corazón mientras ellos arreglaban el tablero y colocaban las piezas.

Como yo lo había previsto, Jorge, que ignoraba en absoluto que María había tenido un profesor, dió muy poca importancia a su rival y se defendió débilmente, seguro de vencerla. Pero María se aprovechó inmediatamente de aquella circunstancia, y en un ataque terriblemente cerrado y vigoroso, lo hizo «arar por el suelo», como se dice vulgarmente.

Un ligero rubor asomó a las mejillas de Jorge mientras decía:

—La felicito, señorita. Es Ud. una buena mano. Veamos ahora «un juego serio».

—¿Entonces este no fué serio?—preguntó ella con una ligera ironía, suavizada por la ternura de la voz.

Él no contestó.

Comenzaron de nuevo, y esta vez tocó a Jorge la partida. Naturalmente, adoptó el Gambito de Evans. María se defendió con calma y sangre fría, sin nerviosidades, tranquila, lúcida, como una aguerrida jugadora. ¡Ah, cómo admiraba yo a mi discípula! Esa calma, esa tranquilidad, esa contracción, ese despliegue de energía, de inteligencia y de carácter, eran míos, míos, míos, nada más que míos ¡y yo los había hecho brotar en ella para otro!

¿Para qué entrar en detalles? El gambito de ataque no le dió a Jorge resultados: fué vencido. Comenzaron de nuevo, por tercera vez, y en esta ocasión fué María la que atacó con el gambito, con el propio juego favorito de su rival, con su gran juego, y también lo batió. Lo batió, pues, en el ataque y en la defensa, en sus propias trincheras y con sus propias armas.

Entonces Jorge, levantándose y ofreciendo el brazo a María, le dijo con voz emocionada, mientras se alejaban lentamente:

—Señorita, es Ud. un ángel de hermosura, de inteligencia y de bondad. Yo sería muy dichoso si me diese Ud. la esperanza de poder llegar a ser un día uno de sus amigos preferidos...

¿Para qué proseguir? Un mes después ¡desventurado de mí! ella y Jorge se casaron. Ahora yo estoy lejos.... Ellos están allá.... ¿Qué será de ellos?...

Lectoras, lectorcitas mías: ya véis todo lo útil que es este precioso juego. No retardéis un minuto más su aprendizaje. Obtendréis con él honra y provecho.

Scour.

Hay una falsa modestia que es vanidad, una falsa grandeza que es pequeñez, una falsa gloria que es ligereza, una falsa virtud que es hipocresía.

La neutralidad entre dos amigas que no lo son entre sí, llega a ser insostenible: hay que decidirse por una de ellas o perder las dos.

La mayor parte de las mujeres no tienen principios y se conducen por el corazón; dependen por sus costumbres de los que ellas aman.

¡A cuántas jóvenes les ha servido la belleza únicamente para esperar!



GLORIA SWANSON en una escena de «Un consejo a los Hombres»

Esta cinta, gemela de «Un consejo a las Mujeres», es una producción de Cecil de Mille sobre tema matrimonial. Se estrenará próximamente en el Cine Alhambra.